



EL DIVINO POEMA

PRELUDIOS

El divino Poema empieza en las profundidades de la eternidad.

* *

En el silencio del infinito se habla Dios eternamente á sí mismo.

Se cuenta todo lo que El es y esta palabra es su Verbo.

El Verbo es otro El; reproducción exacta, imagen adecuada, espejo sin mancha del Padre, figura de su substancia, substancial como El, y consubstancial á El.

Entre estos dos seres que forman uno solo, porque el uno nace del otro, sin salir de él, se establece un vínculo de mutua complacencia, que les une, que les simpatiza, que les hace felices, el uno para el otro.

Pues bien, esta emanación de mutua simpatía adquiere las proporciones de su infinita naturaleza. Dios ama eternamente á su Verbo y el Verbo ama á su Padre. Y este mutuo amor es tan grande como su respectiva perfección; no tiene otro límite que la

amabilidad del Padre y del Hijo y es por lo tanto infinito como ella. Procedente del Padre y del Hijo se distingue de ambos sin salir del uno, ni del otro, es por decirlo así, la respiración mutua de su corazón, el divino Espíritu. Y como en Dios no hay nada accidental, el Espíritu Santo es substancial como el Padre y el Hijo y personal como los dos. Esta es la tercera Persona de la adorable Trinidad.

* *

Dios conociéndose á sí mismo, conoce todos los recursos y los infinitos tesoros de su naturaleza, y toda la extensión y alcance de su poder. Esta omnipotencia puede manifestarse produciendo seres distintos de Dios y creados por El. Siendo esto así parece que faltaría alguna cosa á su gloria si no realizase esta manifestación exterior. Y lo dicho de su poder no es menos cierto hablando de la Sabiduría, de la Justicia y de la bondad de Dios.

La gloria eternal, en cuyo seno habita la divinidad, parece agrandarse, infinita y todo, como es, ante la gloria exterior y secundaria que tributan al Señor, estas obras exteriores.

Además, es natural al Sér que es bueno por esencia, crear otros seres, que hará participantes de su bondad, de su vida, de su naturaleza, de su felicidad y de su misma gloria.

Para el Padre es una satisfacción producir la vida; para el Hijo lo es el ejecutar la voluntad del Padre, y para el Espíritu Santo no lo es menos el derramar su infinito amor sobre criaturas capaces de comprenderle, y de gozar de él hasta el arrobamiento.

Esto sentado, la creación está resuelta.

* *

Hay dos clases de criaturas posibles, entre otras: unas que reproducen el Pensamiento divino y obedecen al impulso de su voluntad sin tener conciencia de sus actos; esas se llaman criaturas fatales. Las otras saben que son imagen de Dios y sienten en sí mismas la facultad de perfeccionar y detallar más y más esta semejanza, ó de disminuirla y hasta borrarla; estas son las criaturas libres. Estas son evidentemente más perfectas que aquellas, puesto que reproducen con más exactitud la adorable imagen del Señor.

Pero la libertad que es su mayor gloria, es una facultad tan peligrosa como delicada. Usar de ella para acercarse á Dios, es un bien, en eso consiste la perfección; abusar para separarse... es lo que constituye el mal... la caída. Y Dios ¿permitirá este mal, esta caída?

El amor eterno aboga por la causa de la libertad, pues desea ver amor en aquellas criaturas que Dios se decide á sacar de la nada; y como el amor es inconcebible sin libertad, puesto que el amor es la flor, el aroma de la voluntad, que elige y se entrega, no hay nada equivalente á un acto de amor puro; y por lo tanto no hay mal mayor que el que se opone á este bien.

El Verbo defiende también la libertad y promete reparar todos los males que el abuso de la misma puede acarrear al mundo.

El pleito se ganó y así se hizo.

* *

A la imperiosa voz del Verbo, el mundo brotó de la nada. Todo pasó como Dios lo previera.

Los ángeles, nuestros hermanos mayores y superiores á nosotros en naturaleza, sufren la prueba decisiva. Unos sucumben bajo los arrebatos de su orgullo, los otros pasean triunfantes la verdad; y se determina su suerte para siempre jamás. Los unos corren hacia Dios, como el hierro atraído por el imán; y esta unión con Dios produce su eterna bienaventuranza. Los otros se separan de Dios todo lo posible y este alejamiento es el infierno, esta es la eterna condenación.

Después aparece el hombre con todo el esplendor de su inocencia y con toda la perfección de su naturaleza, es creado para dirigirse hacia Dios con un afán progresivo y constante.

Mas sus ojos se nublan muy pronto, su corazón vacila y se va hacia las criaturas; olvida á su Dios — He aquí la caída por el abuso de la libertad. También á esta falta sigue su castigo y el bendito del Señor arrostra la maldición de su divina ira.

Pronto se apaga en el llanto de su arrepentimiento el rayo de la cólera divina, y en los arcanos del porvenir deja Dios entrever la figura de su Redentor. — Esa es la esperanza y la salvación del mundo.

* * *

Desde entonces en la historia de la humanidad, todo converge á esos grandes designios de la Providencia.

Los Patriarcas trasmiten á sus descendientes los misterios del pasado y las promesas del porvenir. Los pueblos dispersándose por la faz del mundo,

llevan doquiera el tesoro de esas consoladoras tradiciones.

El Mesías es un personaje sobrado ilustre para presentarse de improviso. Es necesario que toda la humanidad palpe su necesidad, le desee y le espere. Es preciso que haya un pueblo especial, que sea el heraldo de su llegada. Esta es la sublime misión del pueblo Hebreo. El Dios del universo, es particularmente el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. El Mesías es la bendición suprema prometida á su posteridad. Ante el mundo pagano los hijos de Israel son los custodios de los divinos oráculos.

De cuando en cuando, la voz de los profetas revela los secretos del porvenir, y poco á poco se va corriendo la tupida gasa que los cubre, y se ve la luz en medio de aquella palpable oscuridad que el hombre abandonado á sí mismo no hubiera podido esclarecer.

Auguran lo que será el Mesías, cuando ha de venir, dónde nacerá, lo que ha de hacer, con tal nimiedad de pormenores que nadie podrá llamarse á engaño, ni confundirle con persona alguna.

A medida que va cayendo siglo sobre siglo, la esperanza se aviva y el deseo se inflama. Todos los pueblos ansían el momento de ver al Redentor.

* * *

Llega por fin la plenitud de los tiempos. Suena la hora en que el cielo va á dejar caer su rocío y la tierra va á dar el fruto.

¿Qué medios empleará el Altísimo para su fin? De todos los medios posibles no escogerá más que aquellos que sean dignos de El. Es un hecho que el

Verbo va á tomar la naturaleza humana: va á encarnarse, va á hacerse Carne. Va á tomar nuestra humanidad con todas sus miserias, en las condiciones y circunstancias que la vida humana supone.

El hombre nace de la mujer. El Mesías debe nacer de una mujer. Nace con los encantos y las debilidades de la infancia; el Verbo al hacerse carne tomará los unos y las otras. Jamás el corazón de la humanidad ha podido admirar una debilidad más encantadora.

Dios puede aceptarlo todo, menos lo que tenga algo de culpable. Además la mujer que haya de ser su madre, ha de ser escogida entre todas las mujeres. Ella sola, en toda la raza humana, será preservada del pecado original. Como heredera de treinta generaciones de reyes lucirá sobre su inmaculada frente el nimbo de la gloria humana y divina. Su corazón será el depósito de todas las gracias y el crisol donde han de forjarse todas las virtudes. Será fecunda por virtud de su pureza, en virtud de su humildad atraerá á todo un Dios. El Hijo que encarnará en su seno, será únicamente hijo suyo, por que no tendrá padre sobre la tierra.

LA ANUNCIACIÓN

He aquí que el cielo se mueve y se inclina hacia la tierra. Dios escoge un caudillo de las filas celestiales y le manda como embajador á una humilde hija de Judá.

María, hija de Joaquín y Ana y descendiente de David, se desposa con José, su pariente, también

del abolengo de David por otra rama. Ambos habitan una humilde casita de Nazaret, en Galilea. Son pobres... pero ¡qué tesoro de santidad! El es el justo José y toda su apología está compendiada en estas palabras: justo á los ojos de Dios y justo á los ojos de los hombres.

¡Ella!... No hay palabra humana que describa su perfección y su belleza. Quince años ha pasado suspirando por el Mesías, recogiendo en el templo de Jerusalén. Su corazón se consagró á Dios para siempre desde su primer latido. Todo en ella es del Señor.

María dejó obrar cuando el Sumo Sacerdote pronunció su alianza con José, su pariente; pero en el supuesto de que esta unión fuese fraternal sin el menor peligro de su virginidad.

Ignorante de sus destinos, cierra deliberadamente sus ojos al sublime ensueño, que tanto acarician todas las jóvenes de Israel... poder llegar á ser la Madre del Mesías.

Su resolución es ser siempre Virgen. Dios respeta este deseo que El mismo inspirara. Ella sola es, entre todas las mujeres de Israel, la Virgen por excelencia y absoluta, la única que merecerá ser la Madre de un Dios. Las demás mujeres no pueden ser más que madres de un hombre.

* * *

Ya tenemos á los ángeles cumpliendo su misión de mediadores entre el cielo y la tierra. Nunca contempló el cielo tan hermosa escena; ni la tierra oyó diálogo más divino.

María reza en su humilde oratorio de Nazaret,

brotó de sus labios repetidas veces la súplica de los Profetas: — «¡Señor, enviad vuestro rocío y dé á luz la tierra á nuestro Salvador!»

De repente, el reducido aposento se llenó de luz; y del seno de aquella claridad se oyó la voz del Angel: «Dios te salve» dijo Gabriel inclinándose respetuosamente ante Ella. ¡Llena eres de gracia, el Señor es contigo! ¡Bendita eres entre todas las mujeres!» Túrbase la Virgen ante los abismos de grandeza y de gloria que se ocultan en esas palabras, y añade el Angel: «No temas, María, has hallado gracia delante del Señor. He aquí, que concebirás y nacerá de tí un Hijo, á quien llamarás Jesús. El será el Soberano del mundo y se llamará Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David y reinará eternamente. Su reino no tendrá límite alguno en extensión, ni tiempo.»

«Pero ¿cómo? pregunta la sublime y heroica virgen, ¿cómo ha de ser así si no conozco varón? El Angel responde: «El Espíritu creador influirá en tí y la virtud del Altísimo te velará con su sombra, por lo que el Santo que nacerá de tí se llamará, el Hijo de Dios».

«He aquí una prueba de mis palabras; Isabel tu pariente, acaba de concebir un hijo, á pesar de su ancianidad. Ha desaparecido su bien conocida esterilidad; ya está en el sexto mes; porque para Dios nada hay imposible»

Estas palabras del Angel no admitían réplicas; así que María, reanimada responde con humildad: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Habiendo recibido esta respuesta que el cielo y la tierra estaban aguardando, el Angel agitó sus alas y

se perdió en las alturas, hasta llegar al trono del Señor donde dejó la respuesta lisonjera de su misión.

No hay nada en el mundo, en ningún idioma, comparable con la sublime sencillez de esta página evangélica. Ni la historia puede presentar suceso alguno que se le parezca.

Dios en el cielo y María en la tierra, frente á frente en cierta especie de inconcebible igualdad: Dios contemplando cómo brotaba de los abismos de la Creación esta criatura perfecta, la única que cree digna de El; Ella contemplando á través del infinito que la separa, aquel Dios hacia quien se lanza y por quien suspira la creación entera...! Dios pactando con María, por medio de embajador, como de potencia á potencia; María aceptando la misión que el Angel le propone; señalando condiciones y sellando el pacto con el sello de su inmaculada virginidad.

Y ved aquí la gran obra de que depende la salud del mundo y la perfección suprema del universo, la unión del Creador á su criatura; unión mucho más estrecha y más íntima que las uniones terrenales; más íntima que la del obrero y su obra; que la del esposo y la esposa; unión de una madre con su hijo y de un hijo con su madre.

Este es el eterno objeto de la admiración de los ángeles y de los hombres.

La Visitación

En aquel divino arrobamiento se olvida María de su felicidad, para pensar tan sólo en la de su prima; y sin sospechar de los estrechos vínculos que han de

unir al Precursor con el Mesías, se apresura á felicitar á Isabel y á participar de su regocijo.

Largo y penoso es el camino de Nazaret á las montañas de Judá... pero ¿qué importa? El corazón no sabe lo que son obstáculos cuando se pone al frente.

Pasando inmediatamente del deseo al hecho, María sale de Nazaret y empieza á caminar hacia las montañas. No se sabe si es la ciudad patriarcal de Hebrón ó la pequeña aldea de Ain-Karin en donde vivían Zacarías ó Isabel, pero parece que la tradición se inclina en favor de la modesta aldea.

A tres leguas de Jerusalén, hacia el Oeste, en plena montaña, mirando á un valle delicioso y fértil, regado por un límpido raudal, se divisan las blancas casitas de Ain-Karin posadas en la abrupta pendiente. Allí se encontraron las dos primas en un hermoso día de primavera. La claridad que invade la faz de María llena de admiración á Isabel. La emoción la embarga y su hijo se alborozó y se agita de placer en sus entrañas. Su espíritu, esclarecido por luz sobrenatural, adivina que en María se está verificando un peregrino misterio, relacionado con el prodigio que ella experimenta en sí misma y emocionada exclama:

«Eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¡Ah! ¿de dónde á mí la honra de ser visitada por la madre de mi Dios?»

Este arranque de divinal inspiración hizo temblar de emoción las fibras del corazón precioso de María. ¿Cómo iba á contestar sin desbordarse su alma? La brecha está abierta, el volcán está á punto de romper; el torrente de luz va á inundar el mundo. Cuando los sentimientos llegan á este punto, es inevitable una expresión sublime, naturalmente poé-

tica. No son palabras, sino arranques líricos los que brotan del corazón y de los labios.

Perdida la vista en las alturas, y circundada de un fulgor divino, como transfigurada, con sus brazos cruzados sobre el pecho, abrigando aquel tabernáculo del Eterno, dejó María brotar de sus labios esta oda celestial:

«Mi alma engrandece al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador; porque se ha dignado volver sus ojos hacia su esclava; y desde hoy todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Omnipotente cuyo nombre es santo ha obrado en mí maravillas. Su misericordia ha ido pasando de padres á hijos á todos aquellos que le temen. Ha dejado sentir el poder de su brazo; ha echado por tierra los planes de los soberbios y ha lanzado á los reyes de sus tronos. Ha levantado á los humildes; ha colmado de bienes á los menesterosos y dejado á los próceres sin tesoros. Ha tomado en sus brazos á su sierva Israel y no se ha acordado más que de su misericordia, como había prometido á nuestros padres, á Abraham y á su linaje por siempre jamás.»

* * *

De Nazaret á Belén

Pasados algunos meses la dulcísima Virgen vuelve á Nazaret. El tiempo va obrando y se avecina el momento de la llegada del Mesías; pero está escrito en los profetas que debe nacer en Belén, como David, su glorioso progenitor. ¿Por ventura María y José tendrían en cuenta este vaticinio, cuando en pleno

invierno apareció el edicto de César Augusto, obligando á todos los judíos á que fuesen á empadronarse al lugar de su nacimiento, para formarse una idea de la estadística de sus súbditos y de los consiguientes tributos? ¿Pensarían acaso que la omnipotencia de Dios, para llevar á cabo sus designios, estaba obrando en la voluntad del César romano.?

Nada sabemos; pero se puede asegurar que se vieron bien sorprendidos por semejante edicto y que se pusieron en viaje precipitadamente temiendo no poderlo hacer si transeurría algún tiempo, ó no llegar á tiempo si aguardaban los acontecimientos.

De Nazaret á Belén, donde deben ir, hay una respetable distancia. Necesitan salir de Galilea, atravesar la Samaria y penetrar en el corazón de Judea. El camino es abrupto en todo tiempo, pero en invierno está casi imposible. La mayor parte de las sendas están trocadas en arroyos por la incesante lluvia; se van hundiendo los pies en la arcillosa vereda, y á cada momento tropiezan en los pedruscos que arrastran los cenagosos raudales.

¿Quién verá con ojos enjutos y seguirá con el pensamiento los azares de esa travesía erizada por doquier de sinsabores? De Nazaret á Djennin; de Djennin á Samaria; de Samaria á Siquem; de Siquem á Jerusalén; de Jerusalén á Belén se fueron sucediendo las amarguras y creciendo el sobresalto y la inquietud.

José va delante llevando del ramal al dócil asnillo, modesta cabalgadura de los pobres, en Oriente, gracias al cual, María pudo, sin que fuera imprudencia, emprender aquel largo y doloroso viaje.

¡Ah! ya se ve que su pensamiento está más en el cielo que en la tierra; mas no por eso sus pies dejan

de lastimarse entre las piedras y las desigualdades del camino.

María va concentrada en su interior con el divino Niño que está tomando vida de su corazón. Sin embargo, á veces se escapa de sus ojos, la languidez en lágrimas humanas; lágrimas de fatiga, acaso de hambre y de sed. Tributo amargo que paga á la fragilidad de su naturaleza.

José, testigo discreto del más inefable de los misterios, excita á cada paso su confianza en Dios y se entrega en manos de la Providencia; pero viendo sufrir á María, su corazón se angustia y algún sollozo furtivo se asoma por sus ojos. Ambos, no obstante, se animan con la idea de la próxima llegada. En poniendo los pies en la patria de sus antepasados terminarán sus penas.

De repente al volver del camino, pasadas las colinas de Rafaim, se entusiasma su vista contemplando el anfiteatro que forman las blancas viviendas de la ciudad de David. Mientras las más bajas dormitan ocultas en el valle, las más elevadas dominan la cúspide que las sostiene y recortan con las líneas simétricas de sus solanas el azulado tul del espacio.

Es al caer de la tarde; el sol se va desangrando tras el monte de Hebrón, espolvoreando de oro y grana el horizonte.

Las casas de Belén que miran al Oriente, se van quedando en el misterio sombrío y la noche abate el vuelo, desapareciendo bajo sus pardas alas el fértil valle.

Una emoción indefinible invade el corazón de María, que baja de la humilde bestia, para respirar tranquila y reposar un momento bajo los terebintos del

camino, en medio de esa paz con que convida la caída de la tarde.

Asida á una raíz de árbol y apoyada en el hombro de su consorte, vagan sus ojos por el misterioso panorama que á su vista se despliega. Aquella es la patria de sus padres; allí ha venido el Señor á buscar á David para hacer de él el más grande de los reyes. Allí está verdaderamente la cuna de la gloria de Israel. El Hijo que lleva en su seno, será el heredero de David. Según la promesa angélica debe restaurar el trono de su antepasado, universalizar su poder y reinar en el mundo sin límite y sin fin.

A pesar de su extenuación oye en su interior una celeste armonía. El júbilo se desborda en su alma porque advierte la proximidad del augusto momento. Esa noche tan tranquila y apacible, esa noche llena de agreste aroma, va ser iluminada por luz celestial y perfumada por divinas esencias.

Mas, por agradable que sea esta puesta de sol, preciso es buscar algún albergue antes que la noche se cierre por completo. ¡Ah qué prueba les aguarda..... la más triste de su viaje!

* * *

La Natividad

Desde luego se ve que la ciudad ha de estar llena de gentío, ya que de todas partes han venido caravanas de judíos originarios de Belén obedeciendo las órdenes del emperador romano. Tal vez se les había amenazado con multas y aun con prisión á cuantos se negasen á cumplirla. No es de creer, que á otra causa obedezca la falta de albergue para Jesús y Ma-

ría, pues es tradicional en Oriente la bondad hospitalaria, y no es de creer por lo tanto que se les hubiese negado. Dada la avanzada hora, es muy posible que pensasen en cobijarse en el parador público de todas las caravanas, que estaría repleto; el Evangelio parece indicar esto cuando dice: — «No había lugar para ellos en la posada». No habla de ninguna otra casa de Belén.

El parador estaba en el extremo occidental de la población en una planicie muy reducida, hoy se emplea para mercado público. Todas las habitaciones estaban ocupadas; tal era la afluencia de viajeros. Y en caso de haber sitio aún, estaría á un precio elevadísimo, poco conforme con la fortuna de aquellos pobres Nazarenos.

¡Oh! ¡Cuál sería su angustia en ese momento! ¡Qué amarga decepción! ¡Ellos que habían soñado en un reposo agradable después de su incómoda travesía! ¡Qué triste es todo esto humanamente hablando y qué providencial en los arcanos divinos!

¿Qué hacer? Se preguntarían los acongojados consortes. Era ya muy tarde para ir á molestar á los vecinos, y tal vez el temor instintivo de una negativa, ó su delicada timidez les prohibió intentarlo.

A poca distancia, al extremo de la roca que se adelanta como un promontorio, amenazando al valle, había algunas grutas naturales que podían albergar á los caminantes, á falta de mejor hospedaje. Es indudable que una de aquellas oquedades servía de cabaña suplementaria al parador de caravanas, y los dueños de éste, viendo el apuro de los humildes viajeros, les indicarían, compadecidos, que allí podían alojarse. Sea lo que quiera, la Providencia les deparó

aquel albergue. Por humilde y reducido que fuese, se vieron contentísimos de hallar resuelto el problema de la noche. Hasta les pareció aquel descanso más agradable y apacible lejos de la baraúnda del gentío y de la agitación de la Capital.

.....

La escena que sigue es completamente divina. No hay pincel que sepa reconstituirla, ni pluma que la describa. El Evangelio lo explica en una frase llena de sentimiento y de vida.

«Llegada la hora, el Niño bendito vino al mundo y su Madre María le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre.»

Es á media noche. El silencio lo envuelve todo. La naturaleza sueña entre sombras. Las estrellitas miedrosas parpadean en el indefinido espacio. Hasta las más remotas se asoman y se hacen visibles, gracias á la serenidad del aire. La vía láctea se presenta como un verdadero río de luz cernida. La vista se extasía. ¡Ah! ¡No hay poesía como la magia de las noches orientales! Y entre éstas la más ideal, la más lírica fué sin duda la incomparable noche del Nacimiento del Mesías.

* * *

Adoración de los Pastores

A una legua de Belén, sobre las cumbres que dominan el valle de los Algarrobos, se yergue la torre de los Pastores. En otra dirección á una distancia próximamente igual, se divisa la aldea de *Beit-Saur*, ó pueblo de los pastores. A continuación se extien-

den los campos de Booz y en medio de ellos, se dice, tuvo lugar la aparición del Angel. La tradición no se decide á determinar cuál de estos lugares fué el favorecido. Seguramente en uno de los dos se encontraban los pastores de que habla el Evangelio. Allí pasaban la noche custodiando sus rebaños, que descansaban en una especie de aprisco formado por un cercado de piedras; cuando de pronto vieron turbada la noche por un fulgor inusitado. De aquel golfo de luz que todo lo invade, sale á flote un ser misterioso, un Angel y... se quedan atónitos de estupor. Pero el Angel los reanima y con cariñoso saludo les disipa el natural espanto.

«No temáis, les dice, os anuncio un gran regocijo para vosotros y para todo el pueblo; acaba de nacer en este momento vuestro Salvador en la ciudad de David; es el Cristo, es el Señor. He aquí el signo por el que le conoceréis: Encontraréis un niño envuelto en pañales reclinado en el pesebre del establo.»

Terminadas estas palabras del Angel, como tras un compás de silencio, llenó el espacio una celestial armonía. Todas las voces del infinito formaban coro, resultando un conjunto de inefable dulzura. Y todas aquellas multitudes angélicas repetían como estrebillo de las sublimes estrofas:

“Gloria á Dios en las alturas y en la tierra
paz á los hombres de buena voluntad.”

.....

Extasiado el sentimiento de los pastores, aquellas salmodias se van alejando poco á poco como una ola que se retira. Y al fin un *fortísimo* del gran concierto

resuena encima de la Gruta; llamada de un fulgor que se desvanece, última nota de aquellas armonías que les habían enajenado algunos momentos. Volviendo los pastores de su arrobamiento, se dicen mutuamente:—«Vayamos á Belén y veamos lo que hay de la revelación que Dios acaba de hacernos.»

Sin más se ponen en camino, salvan el valle. Ellos conocen muy bien aquella gruta que sirve de establo, que está junto á la *caravansera*; y allá se van con precipitación, con ansia. Y... ¡ah! llegados, encuentran á María y á José y al Niño, acostado en el pesebre.

Ante este cuadro comprenden la verdad de cuanto les había dicho el Angel; y refieren á su modo su maravillosa visión. María oye piadosamente el relato y lo guarda en lo más hondo de su corazón.

Pronto corre la noticia á los demás pastores y el regocijo invade toda la comarca. Los favorecidos después de adorar y comerse con sus ojos á aquel Niño... se vuelven á velar sus rebaños dando gracias al Señor por lo estupendo y sublime que les ha hecho ver y oír en esta noche incomparable.

* * *

La Adoración de los Magos

Por aquellos días se vislumbraba á lo lejos sobre las crestas de aquellos montes una caravana oriental. Tres regios personajes montados en sendos dromedarios se dirigen hacia Jerusalén. Llegan al valle, cruzan el Jordán y suben de nuevo por los montes de Judá hasta la ciudad santa que les fascina con sus resplandores... ¿Quiénes son?

No se trata de mercaderos que llevan á Judea los productos de su lejano país. Su indumentaria y su vistoso séquito denuncian una cesárea riqueza. De su porte nobilísimo y de su culto lenguaje se deduce la dignidad que les corona.

¿Serán reyes magos ó Cheiks de tribus nómadas? ¿Vendrán de Persia, de Caldea ó de Arabia? Se ignora. Su repentina aparición y su retirada no menos rápida nos deja en un misterio indescifrado. El lugar de donde vienen y á donde vuelven conservará para siempre el secreto de su misteriosa personalidad.

No son viajeros como los demás; vienen de lo más oculto del Oriente, guiados por una providencial estrella. Este astro significa para ellos el nacimiento del Mesías y vienen á rendirle su homenaje. Llegados á las puertas de Jerusalén preguntan por doquier: «¿Dónde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarlo». A cada paso están llegando caravanas á Jerusalén, lo que hace que los judíos les recibían con cierta indiferencia y hasta molestados por la pregunta. No obstante en ellos ven algo extraño, algo que interesa á la nación, y el populacho parece preocuparse. La noticia corre de boca en boca y de casa en casa. El rumor crece y la imponente marea azota con sus olas el alcázar del rey.

El pérfido Herodes ya estaba alerta desde el primer rumor.

—¿Qué significa esto? ¿No saben quién es el rey de Israel? ¿No saben que ya es anciano y que no tiene descendencia? ¿Se tratará de algún rival oculto? ¿Habrà aparecido alguna rama de la familia de David? ¿Pero es probable que unos extranjeros sepan lo que

ignoran los naturales y el mismo rey?—¿Qué quiere decir la frase: «hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarle?»

Estas circunstancias extraordinarias no pueden aplicarse á un hijo de los hombres. ¿Se tratará acaso del Mesías? Si es él, el misterio está explicado. Sea como quiera... ¡ay! del osado que pretenda menoscaber su regia autoridad!

Así razonaría el achacoso Herodes. A pesar de su orgullo el corazón le golpea con siniestros latidos. Teme y reúne los Príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, y sin más explicaciones, como lanzado por el miedo al fondo de la cuestión les pregunta dónde debía nacer el Mesías.

No había lugar á duda; hacía siglos que los Profetas designaron que la cuna del Mesías estaría en Belén:—«Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menos importante entre las poblaciones de Judá, porque de tí saldrá el Jefe de mi pueblo de Israel.»

La contestación consuela algún tanto á Herodes porque Belén está bajo su jurisdicción y su mano puede alcanzarle enseguida por estar cerca de Jerusalén. A una sola señal puede dar al traste con toda ella. Además es una ciudad insignificante; allí no puede fraguarse nada que deba preocuparle. Allí no cabe partido político alguno. ¿Qué significa un niño, aunque sea el Mesías, al lado de su poder, de su ejército y de sus murallas?

Para no dar importancia exagerada al suceso, empezó por llamar á los Magos á su palacio con cierto sigilo. Les recibió con vulpina melosidad; les suplicó le hicieran narración minuciosa de su viaje, de la estrella famosa, de la fecha de su aparición. Luego po-

niéndoles en camino para Belén, añadió hypocritamente:

«Marchad é informadme á mí enseguida de todo lo que á ese niño se refiere; y cuando le hayais adorado, pasad por aquí á avisarme para presentarme yo también á hacer lo propio.»

Los Magos salieron encantados de tanta amabilidad y de los datos oficiales que llevaban, y atravesando la ciudad caminaron hacia el Occidente.

La estrella, que se eclipsó modestamente al llegar á Jerusalén, reaparece con nuevo fulgor. Avanza como un heraldo de luz atravesando la planicie de Rafain, y dora con su lumbre el camino de Belén y de Hebrón.

Al ver de nuevo la estrella se renueva la alegría de la regia caravana, se persuaden de la seguridad de su marcha; es evidente que el Mesías que buscan no está en Jerusalén, sino en Belén, como se les ha indicado.

Al fin de algunas horas de viaje llegan á la ciudad de David, y el astro venturoso se detiene arrojando una hebra de fulgor sobre el lugar en que estaba el Niño; sería aún la Gruta del Nacimiento? Puede admitirse así, teniendo en cuenta la costumbre judía de que la madre no abandonase el sitio en que dió á luz hasta cuarenta días después del alumbramiento, fecha que se eligió para la purificación legal.

Sea lo que fuese, es el caso que los Magos se personaron en la humilde morada; y ante la pudorosa belleza de María y el halo de luz divina que circundaba al Niño, tuvieron evidencia palmaria de que allí estaba el objeto de su heroico viaje. No hacen caso de infinidad de pormenores que podían entibiar

187194

su fe; aquel ambiente de humildad profunda y aquella haraposa morada no les hacen titubear siquiera y se postran á los pies del augusto Niño y adoran á su Dios.

En seguida abren sus cofrecitos de maderas preciosas y le ofrecen riquísimos y simbólicos presentes: oro como al Soberano de quien se precian ser súbditos; incienso como al Dios, que merece sus mayores respetos; mirra como antídoto contra la corrupción de la muerte.

¡Ah qué horas más gratas pasan allí al lado de la Sagrada Familia! ¡Con qué ansia les hacen preguntas! ¡Con qué satisfacción conversan! ¡Qué narraciones tan conmovedoras se cuentan mutuamente! ¡Qué recuerdos tan inefables se graban en sus corazones!

Atropellando aquella ternura llegó el momento de tener que regresar. Todo parecía un instante. Mientras descansaban tuvieron un ensueño misterioso, que les hizo ver que no debían regresar por Jerusalén. En conformidad con el aviso tomaron la dirección opuesta, caminando hacia el Oeste y Sur, sin duda por Hebrón, bordeando la costa meridional del Mar Muerto, así llegaron al desierto donde se internaron para desaparecer... No hay imagen más hermosa de la vida humana que ese viaje á la luz de la estrella, como los Magos lo han hecho.

No hay pueblo, ni individuo, que no tenga un ideal que le guíe, como el astro á la regia caravana. Hay un momento, un día en que aparecemos en escena entre la cuna y el sepulcro, entre la nada y la muerte. Nuestra alma se lanza con inquietud en pos de la dicha, de la verdad y de la vida. ¡Felices los

que comprenden desde luego que todo esto se halla en Dios! Para éstos la vida es una gasa al través de la que ven á Dios, como los Magos á través de la estrella. Le buscan, como los Magos para adorarle y bendecirle, y no para destruirle, si pudiesen, como Herodes. Y los que así le buscan, al fin le encuentran á pesar de las dificultades; y los que al fin le encuentran, son felices en la tierra y bienaventurados en el cielo.

* * *

En el Templo de Jerusalén

Con todos estos episodios ha ido llegando la época de los cuarenta días.

Obedientes á la ley de Moisés salen los afortunados esposos de aquella humilde mansión que tan dulces recuerdos les ha de guardar, y se van lentamente hacia Jerusalén, y hacia el Templo con su querida prenda.

La ley mandaba que la joven, llegada á madre, se sometiese á la purificación legal y que el primogénito fuese ofrecido á Dios, de manos del Sumo Sacerdote. No era sin embargo de absoluta obligación este ofrecimiento. Los padres podían rescatar al hijo consagrando en su lugar una ofrenda proporcionada á sus haberes. La ofrenda de los pobres era un par de blancas palomas. Y verdaderamente nadie podía simbolizar mejor las gracias encantadoras y la tierna dulzura del divino Niño.

La ceremonia se terminó como de costumbre. No hubo nada que revelase al gran Sacerdote, ni á sus ministros, la cualidad de Aquel que se ofrecía al Señor

por sus manos. Un Dios consagrándose á Dios por la expiación de los crímenes del mundo y por la salvación de todo el humano linaje, era cosa demasiado sublime para los mortales. Sin embargo allí y en todas partes hubo algo que podía haberles hecho entrever á la divinidad.

Aparte de la santa ceremonia, hubo dos incidentes inesperados en que se vió el carácter divino entre celajes.

Dos ancianos venerables, dos justos de la antigua ley, dos amigos de Dios, estaban providencialmente en el Templo en la hora en que aquella augusta familia entraba al santuario. El Evangelio nos da los nombres de ambos: Simeón y Ana. Los dos suspiraban por ver al Mesías y aguardaban al Santo de Israel. Los dos habían recibido de lo alto una consoladora seguridad de que sus votos serían oídos y de que no morirían sin ver al Salvador. La misma impresión profética les dió alas para correr al santuario, precisamente en el momento en que María y Jesús se sometían al rito de la Purificación y de la Oblación.

¿En qué conocieron ellos que se trataba del divino Niño? ¿Les reveló el Espíritu Santo directamente el arrebatador misterio, ó hubo alguna divinal aureola sobre la frente de Jesús? ¿Hubo tiempo para que María les dijese cuatro palabras de luz, ó alguna rápida comunicación de ideas, como con Isabel al brincar de gozo el hijo de sus entrañas?

Sin dar explicación alguna, el Evangelio nos presenta al bienaventurado anciano recibiendo en sus brazos al niño Jesús. Sus manos temblorosas le oprimen contra su arrobado corazón. Sus ojos se extasían contemplándole. Su larga vida, todos sus

piadosos suspiros, sus ardientes deseos, todo se concentra en aquel supremo minuto. Víctima de la sublimidad del sentimiento, llega su emoción á tal intensidad que el monte del pasado y el monte del porvenir desaparecen bajo el sentimiento de aquel instante. Su alma se muestra al exterior agitando aquella lengua que prorrumpe en una inspiración de gratitud y de gozo. En aquel grito hablaba la humanidad entera, apenas tuvo conciencia del Dios que venía á visitarla.

«¡Oh! Dejad, Dios mío, á vuestro siervo que se vaya en paz
« según vuestras promesas: ahora que mis ojos han visto
« al Salvador que mandáis al mundo, la luz que debe
« iluminar á las naciones, y la gloria de vuestro pueblo Israel!»

Al terminar estas palabras, Simeón advierte que sus ojos se anublan, y que su voz se debilita, que todo desfallece. Se clarea la nube que envuelve el porvenir y ve claramente cuánto va á costar á aquel Niño el ser la salvación del mundo.

— «¡Venturosa y pobre Madre! dice á María. Este Niño está destinado para la vida y para la muerte de muchos de Israel. Será el blanco de contradicción de los hombres: Y tú sentirás una espada de dolor que atravesará tu corazón, cuando llegado el día estallen los sentimientos ocultos de sus enemigos y de sus amigos».

Después imprimiendo sus últimos besos y abrazándole de despedida, devolvió Simeón aquel tesoro á los brazos de su Madre. En el mismo instante se aproximó otra vez la profetisa santa y venerable viuda, hija de Samuel, que se pasaba la vida en el Templo. Inmediatamente reconoció al Señor con tantos ardores anhelado. Y bendecía al Señor por

haber escuchado sus plegarias. Era conocidísima en Jerusalén, así que pronto llevó la buena nueva por doquiera: á sus parientes, amigos y á todos los que como ella esperaban la redención de Israel.

¿María y José permanecieron algunos días en Jerusalén, en casa de Simeón, que vivía, sin duda en las dependencias del Templo, en el ángulo sud-este de la muralla que sostiene aquella inmensa explanada?—Allí hay aún un gran pilón de granito que se llama hoy «Cuna de Jesús».—¿Estarían en casa de Ana que vivía también cerca del Templo, ó volverían á Belén después de la ceremonia legal, ó se irían hacia Nazaret, tomando el camino de Samaria? El Evangelio nada de eso ha precisado; deja libre campo á la discusión. Lo único que parece ciertísimo es que mientras la augusta familia se sometía á la ley, se iba cerniendo sobre sus cabezas una tempestad horrorosa fraguada en la corte de Herodes. Inquieto al ver que los Magos no regresaban, mandó sin duda sus emisarios á Belén, los que se enteraron de que los Magos habían salido ya hacía días, camino del desierto.

Al verse burlado por aquellos extranjeros, precipitó el cruel proyecto que había ido rumiando su envenenada inteligencia.—Todos los niños que hay en Belén y en sus cercanías que no lleguen á dos años deben ser inhumanamente degollados. Es necesario que no se excluya ni uno. Sólo así puede llegar el golpe á Aquél que tanto le preocupa. Esta orden se dió por la tarde, para que se ejecutase al día siguiente al amanecer.

* * *

La Sagrada Familia acaba de entregarse al reposo de la noche. De repente se despierta José con sobresalto, tiembla, abre los ojos, y ve á un ángel con la inquietud reflejada en su semblante, que con pocas palabras é imperiosas le dice: «Levántate ahora mismo, toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto, donde aguardarás mis órdenes; Herodes busca al Niño para matarle.»

Salta á la vista en este mandato la angustia que atormenta al celeste mensajero. Se diría que el proyecto de Herodes había llevado el pánico hasta al cielo.

José descompuesto de impresión hasta las últimas fibras del alma, ve en seguida su gran responsabilidad y no se detiene á preguntar ni á quejarse. Se levanta, despierta á María, le comunica la terrible embajada y recogiendo precipitadamente los avíos y provisiones que tenían á mano, salen á merced de la Providencia, sin más luz que las tinieblas de la noche. Nadie se dió cuenta de su llegada y nadie se percata ahora de su partida. ¡Qué conmovedora y elocuente debe ser para nosotros esta fuga nocturna á lo remoto, á lo desconocido!

Para despistar el espionaje del protervo, María y José procuran salir lo antes posible del gran camino de Hebrón y por atajos y sendas ocultas, van salvando montañas, hacia el llano de Sepfela, Gaza y el desierto... y hacia el lejano Egipto.

Vamos á seguirles con el corazón en ese trance de inefable ternura. José va delante con paso precipitado guiando el humilde asnillo que permite á María seguirle, camino del destierro. Va el pobre con el alma deshecha ante el inminente riesgo que cami-

nan; cruza el horizonte mil veces con sus ojos; presta atención á cualquier ruido en continuo sobresalto; su vida está pendiente de conservar la de aquellas queridas prendas á él confiadas; á cada instante ofrece su vida y mil que tuviera, si fuesen necesarias, para defenderlas. No obstante en medio del peligro que les amaga, su corazón respira un aura de esperanza. ¿Cómo imaginar que Dios entregue á su Cristo al furor de un vil tirano? ¿Es posible que toda esa serie de prodigios, que viene haciendo el Cielo por la vida de ese Niño, tenga por remate un charco de sangre en donde muera degollado? Cuando ha venido un ángel á decirle que debe huir y ha obedecido prontamente, claro está que este medio debe bastar para salvar á Aquel que es la suma precaución en el Cielo y en la tierra. Así va razonando José en medio de su infinita angustia.

Respecto de María... ¿quién podrá pintar su sentimiento? Envuelta en su manto oprime contra su corazón á su Hijo adorable, que duerme tranquilo sin despertarle el febril latido del corazón de su madre. La amargura, digna de ser recogida por los ángeles, va cayendo gota á gota de sus ojos sobre la cara de Jesús. El pecho late con sobresalto desigual; pero su alma parece un faro sereno en medio de aquella tempestad que ruge. Ni la más ligera duda la perturba, ni una queja brota de sus labios. Sólo aquella espada de que le habló Simeón, es la que va hundiendo su afilada punta en lo más sensible de sus maternales entrañas. Dice en su interior lo que más tarde repetiría el discípulo amado: «Ha venido á este mundo, á este mundo hecho por El y el mundo no quiere conocerle. Ha venido por estar entre los suyos y los

suyos no quieren recibirle» Se ve arrojado como un malhechor y perseguido como un enemigo: su patria ingrata le niega hospitalidad y tiene que ir á refugiarse en el destierro. Dios huye por un hombre. — ¡Ah! ¡Qué será el porvenir si el presente es tan penoso!

Ella permanece mucho más confiada que José; sabe muy bien que Dios es omnipotente y que contra El todo es débil. Su alma se halla tan puesta en las manos de Dios, que adora y bendice los designios de la Providencia, aun cuando sufre y gime su frágil naturaleza. La paz va entrando en su corazón á medida que se alejan del lugar del peligro. Cuando tras una marcha violenta vieron los primeros destellos del alba y se dieron cuenta de lo andado durante la noche, comprendieron que ya estaban casi fuera del maligno alcance. Pero ¡qué lejos está aún Egipto! ¡Oh! Cuántas penas añadió á su viaje la falta de recursos y la precipitación con que emprendieron la marcha!

Acaso la reputación de hospitalidad que tanto honra al Oriente, templaría de cuando en cuando su amargura; y tal vez el oro de los Magos constituyese un precioso alivio durante su viaje y su estancia en Egipto. La piadosa imaginación y el estro de los artistas, han fantaseado donosos incidentes, muchos de ellos probables, en esta fuga por el desierto.

Unos les pintan á punto de caer en manos de los emisarios de Herodes, mientras descansan en mitad del campo, á la sombra de un olivo, pero al advertirlo José, gracias á una celeste inspiración, esparce en torno suyo la cebada que lleva para la bestia, y de repente surge espesa y gigante la gramínea